



La nueva Europa

por **Antonio Navalón**

Durante décadas, Europa confió en que la integración comercial, económica y política sería suficiente para garantizar la paz. Pero la amenaza rusa ha provocado un cambio histórico: el actual proyecto europeo no puede entenderse sin el desarrollo militar.

Europa siempre vuelve a Alemania. Vuelve a su geografía, a su industria, a su disciplina, a su frontera oriental y a su capacidad de ordenar —o desordenar— el continente. Por eso se atribuye a Napoleón una idea que, aun sin poder verificarse como cita literal, resume una intuición geopolítica difícil de negar: quien controla Alemania controla Europa.

La Unión Europea nació como consecuencia del fracaso bélico de un continente. Dos guerras mundiales para controlar Europa fueron razón suficiente para buscar, ya que no se había podido por la fuerza de las armas, un método de protección basado en la integración comercial, económica y política.

Primero fue la reconstrucción de la posguerra, en conexión con el Plan Marshall, que no solo fue un programa de recuperación económica, sino también un instrumento estratégico para detener el avance comunista en Europa.

Después vino el lanzamiento de los programas económicos, especialmente en Alemania y Francia, y la utilización de esa reconstrucción para darle estabilidad a un continente que había demostrado ser capaz de destruirse a sí mismo.

Europa entendió que la paz no podía depender únicamente de tratados solemnes. Necesitaba una arquitectura económica que hiciera demasiado costosa la guerra. De ahí nació la idea más importante de la Europa moderna: una estabilidad política basada en la economía. Desde los viejos imperios romanos, la crisis de los imperios ha traído consigo la recomposición europea. Jugar a cambiar fronteras cuesta sangre. Y, desde Julio César, tras la conquista de las Galias, el problema era claro: la estabilidad de Europa dependía de la frontera. El Imperio romano terminaba en el Rin. Todo lo que quedaba del lado romano pertenecía a un orden político, militar y jurídico. Todo lo que se abría hacia el mundo germánico era frontera, presión, amenaza y negociación permanente. Cada intento de

juntar las insatisfacciones, los odios o las necesidades de las Galias y los germanos terminaba en un baño de sangre. Y no le daba a Roma lo único que necesitaba: estabilidad en sus fronteras.

Hoy, culminado el proceso y hecho lo más difícil, Europa consiguió transformar lo que primero fue la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en una arquitectura institucional mucho más ambiciosa. Esa comunidad fue el origen de una integración que derivó en la Unión Europea. Después llegó algo que parecía imposible: una moneda única. El nacimiento del euro representó la idea de que Europa podía disciplinar sus diferencias a través de reglas compartidas, y que el dinero podía hacer lo que las armas nunca habían logrado: ordenar el continente sin destruirlo.

Pero Europa, hecha de sangre, hueso y memoria, nunca logró ponerse de acuerdo ni siquiera en un verdadero sistema común de policía. Mucho menos en una defensa común plena. Los últimos intentos de construir una política defensiva europea, pese a la presión norteamericana y a la presión de la OTAN, siguen chocando con la realidad. Francia, Alemania y España han enfrentado retrasos, diferencias industriales y disputas estratégicas en el desarrollo del futuro caza europeo FCAS/SCAF, mientras buena parte del continente continúa dependiendo de tecnología militar norteamericana, especialmente del F-35.

Por eso, la nueva Europa —no la que viene, sino la que ya existe— hay que buscarla en los orígenes de los que venimos. Desde el primer momento, Alemania fue el país encargado de darle coherencia económica, solvencia presupuestal y garantía de buena administración al proyecto europeo. Los alemanes se dedicaron no solo a hacerse perdonar el desliz brutal del nacionalsocialismo y sus consecuencias para el mundo, sino también a recordarle al resto de Europa que ellos, directa o indirectamente, por su área de influencia, son la frontera con el peligro. Antes fue el comunismo. Hoy vuelve a ser Rusia. Porque al final, el problema, el oso, el enemigo geopolítico, sigue siendo el mismo.

Fracasados los mecanismos de conciliación y agotada la ilusión de que la interdependencia económica bastaba para domesticar a Rusia, la realidad vuelve a estar esculpida sobre el origen del control de Europa. Alemania ya no quiere ser solamente el país más serio de la Unión Europea. Tampoco quiere seguir siendo únicamente el país de la disciplina fiscal, de la prudencia presupuestal y de la asistencia social como carta de legitimidad democrática. No ha abandonado su Estado social, que sigue siendo uno de los más grandes del mundo, pero sí ha cambiado la prioridad histórica del gasto nuevo. La nueva deuda política alemana ya no mira solo al bienestar, sino a la defensa, la infraestructura crítica, la tecnología, la energía y la seguridad nacional.

“Berlín pretende llevar su gasto militar hacia el 3,5% del PIB en 2029, muy por encima del viejo umbral del 2% de la OTAN. No es un ajuste contable. Es una declaración de época.”

Ese cambio es estructural. En 2025, Alemania reformó su marco fiscal para permitir que el gasto en defensa, protección civil, inteligencia, ciberseguridad y apoyo a países atacados quedara fuera de las restricciones tradicionales del freno de deuda cuando superara el 1% del PIB. Además, abrió un fondo especial de 500.000 millones de euros para infraestructura, energía, transporte, digitalización, ciencia y neutralidad climática. El giro es histórico: Alemania, el país que durante décadas convirtió la austeridad en doctrina, acepta endeudarse para rearmarse, modernizarse y volver a ser el eje estratégico de Europa.

Berlín pretende llevar su gasto militar hacia el 3,5% del PIB en 2029, muy por encima del viejo umbral del 2% de la OTAN. No es un ajuste contable. Es una declaración de época. Alemania está pasando de ser una potencia económica con culpa histórica a una potencia estratégica con responsabilidad continental. Hoy quiere ser la primera potencia militar, tecnológica y defensiva de Europa porque asume, quizá por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, que su responsabilidad histórica ya no consiste solo en contenerse, sino en defender al resto de Europa del oso ruso.

La nueva Europa ya no es la conciliación clásica entre el sur y el norte, ni tampoco el viejo equilibrio entre el este y el oeste. Es la hegemonía estratégica del centro y del este del continente, articulada alrededor de un nuevo eje: el liderazgo industrial y fiscal alemán, la coherencia ideológica y militar de Polonia, la experiencia de guerra y la innovación tecnológica de Ucrania, la participación incómoda pero relevante de Hungría y la nueva estabilidad política de Italia bajo Giorgia Meloni.

A ese eje se suman buena parte de los países del este que entraron a Europa después de haber vivido bajo la órbita

comunista. Todos ellos son frontera del oso. Todos conocen el lenguaje histórico de Moscú. Todos entienden que la seguridad europea ya no puede descansar únicamente en declaraciones, tratados o buenas intenciones. En esos países se está formando el nuevo elemento de control de Europa: no económico, no social, no estrictamente político, sino militar.

El dato es contundente. En 2025 todos los miembros de la OTAN alcanzaron el antiguo objetivo de gastar al menos el 2% del PIB en defensa. Pero el mayor esfuerzo proporcional está en el flanco oriental: Polonia, Lituania, Letonia y Estonia destinaron más del 3% de su PIB a recursos militares. La franja que va del Báltico al mar Negro dejó de ser periferia. Se convirtió en el escudo de Europa. Y la decisión de la OTAN de avanzar hacia un objetivo del 5% del PIB en defensa e inversiones relacionadas para 2035 confirma que el rearme dejó de ser una reacción coyuntural a la guerra de Ucrania. Es una nueva estructura de poder.

La defensa ya no se mide solo en soldados y tanques. Se mide en ciberseguridad, infraestructura crítica, carreteras por las que se pueda mover equipo pesado, puertos militares, inteligencia artificial, drones, defensa aérea, municiones, satélites, redes eléctricas y capacidad industrial. Fuera de ese núcleo, en los extrarradios estratégicos de la nueva Europa, quedan Francia, España y, por decisión propia hasta que toque fondo, Gran Bretaña.

Francia conserva importancia por su disuasión nuclear, su industria militar, su asiento permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y su capacidad diplomática, pero ya no representa sola el futuro militar europeo. España sigue siendo relevante por su posición geográfica, el Mediterráneo, el Atlántico y África, pero no encabeza el nuevo impulso defensivo continental. Gran Bretaña sigue siendo indispensable para la seguridad europea, pero ya no opera desde dentro del proyecto comunitario.

La inmigración es otra clave de la nueva Europa. No porque Europa pueda explicarse desde el rechazo cultural, sino porque la frontera migratoria se convirtió en frontera política. Alemania vivió desde 2015 una transformación profunda de su debate interno tras la llegada de más de un millón de solicitantes de asilo y refugiados, principalmente de Siria, Afganistán, Irak y otros países en crisis. A ello se suma una presencia histórica de población con origen turco cercana a los tres millones de personas.

Angela Merkel abrió una etapa que buscaba demostrar que Alemania nunca más sería insolidaria ni ideológicamente sospechosa. Pero esa decisión también produjo tensiones sociales, políticas y culturales que hoy alimentan el debate sobre integración, seguridad, identidad y control fronterizo.

La nueva Alemania ya no discute la inmigración solo como un asunto humanitario. La discute como un

problema de cohesión nacional, capacidad institucional y seguridad interior. La defensa de una identidad europea, en muchos casos formulada como identidad judeocristiana, también se ha convertido en una clave política. No es una categoría uniforme ni compartida por todos los países, pero sí funciona como lenguaje común para gobiernos y movimientos que ven en la inmigración desordenada, en el islam político, en la fragmentación cultural y en la presión rusa una amenaza simultánea a la continuidad histórica del continente.

El control militar, no para romper con la OTAN, sino para estar más equilibrados frente a Estados Unidos, es otra clave de esta nueva Europa. Europa no quiere necesariamente sustituir a Washington, pero ya no puede depender por completo de Washington. La Comisión Europea presentó Readiness 2030 y el instrumento SAFE para movilizar hasta 800.000 millones de euros en defensa, incluyendo 150.000 millones en préstamos para compras conjuntas. Las prioridades son claras: defensa aérea, defensa antimisiles, drones, artillería, municiones, movilidad militar, ciberseguridad, inteligencia, espacio e infraestructura crítica.

En este momento, la industria militar es el nuevo idioma del poder europeo. De ahí el papel ascendente de Ucrania. Ucrania es el único país europeo que puede exhibir, no desde la teoría sino desde la práctica, que ha sido capaz de sostener durante más de cuatro años una guerra abierta contra la Rusia de Putin. Lo ha hecho con costos humanos, económicos y demográficos enormes, mientras Rusia también enfrenta un desgaste brutal de tropas, recursos y legitimidad.

Con Putin no se está por amor. Se está por temor. Y Ucrania ha demostrado que se le puede plantar cara. Ha resistido el desafío de un país que quiso someterla, fracturarla y reducirla a zona de influencia. También ha demostrado que puede convertirse en un jugador central de la industria militar global a través de sus drones, su guerra electrónica y su capacidad de adaptación tecnológica en el campo de batalla. Ucrania ya no es solo un país receptor de ayuda. Es un laboratorio militar. En 2025 destinó más del 25% de su PIB a seguridad y defensa. Sus necesidades de reconstrucción se estiman en alrededor de 588.000 millones de dólares para la próxima década. Y, aun así, en medio de la destrucción, ha desarrollado una industria de drones, inteligencia artificial militar y sistemas no tripulados que hoy interesa a todo Occidente. Europa está aprendiendo en Ucrania lo que no quiso aprender durante treinta años de comodidad estratégica.

Polonia es la garante de la ortodoxia ideológica y militar de la nueva Europa. Es el país que mejor entendió que la guerra de Ucrania no era un problema local, sino el anuncio de una nueva época. Quiere construir una de las fuerzas terrestres más grandes de Europa. Ya supera



los 200.000 militares bajo armas y mantiene la meta de llegar a 300.000 efectivos. Polonia ya no es solamente el país entre dos imperios. Es el puente entre Alemania, los países bálticos, Ucrania y la OTAN. Es el país que entiende que, si Rusia vuelve a avanzar, la guerra no se discutirá en Bruselas, sino en Varsovia.

Hungría forma parte de otra dimensión de este fenómeno. No es una gran potencia militar, pero sí una bisagra política. Con una mano quiere estar dentro de la Unión Europea y con la otra insiste en representar una idea de Europa nacional, soberanista, cristiana y resistente al liberalismo cultural de Bruselas. Hungría no gobierna la nueva Europa, pero puede bloquearla, condicionarla o encarecerla.

Italia, en cambio, aporta otra pieza. Desde la Segunda Guerra Mundial parecía menos un Estado que un festival de talentos: una sociedad extraordinaria, una economía poderosa, una cultura universal y una política casi siempre inestable. El gobierno de Giorgia Meloni importa porque ha reforzado la idea de un Estado italiano con dirección, continuidad y capacidad de insertarse en la nueva arquitectura europea. Italia es la tercera economía de la Unión Europea, representa alrededor de 12% del PIB del bloque y, aunque crece poco y arrastra una deuda pública elevada, su base industrial, su posición mediterránea, su capacidad manufacturera y su peso político la vuelven indispensable. No es el frente oriental de Europa, pero sí una de las fábricas políticas e industriales sin las cuales la nueva Europa no puede sostenerse.

La emigración marca una frontera. Pero no una frontera biológica ni racial, sino política, cultural, institucional y

de seguridad. La nueva Europa no quiere repetir la experiencia de una inmigración desordenada que tensione sus sistemas sociales, fragmente su cohesión interna o alimente extremos políticos. Por eso Francia y España quedan en una posición distinta dentro de este mapa: Francia por su fractura interna, su pasado colonial, su población musulmana y sus tensiones urbanas; España por su relación con el Mediterráneo, África, América Latina y una cultura política menos integrada en el nuevo eje defensivo oriental.

Italia es la primera frontera entre el sur y el norte. Es el país que puede traducir el miedo del Mediterráneo al lenguaje político del centro de Europa. Es el punto de contacto entre migración, industria, energía, defensa y Estado. Por eso Meloni importa. Por eso Polonia importa. Por eso Ucrania importa. Por eso Hungría incomoda. Y por eso Alemania vuelve a ser la clave.

La nueva Europa no nace solamente en Bruselas. Nace en Varsovia, en Kiev, en Berlín, en Roma, en Budapest y en los países bálticos. Nace en la frontera oriental del continente. Nace del miedo a Rusia, de la duda sobre Estados Unidos, del cansancio frente a la inmigración desordenada, de la necesidad de energía segura y de la convicción de que la paz ya no puede descansar únicamente en el comercio, la diplomacia y la memoria histórica.

La vieja Europa quería administrar la paz. La nueva Europa quiere prepararse para la guerra. Y en esa diferencia está el cambio de época. ~

ANTONIO NAVALÓN es periodista y analista. Mantiene una columna en *El Financiero*.